

Sobre la letra “q”

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Sobre la letra «q»

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 15 DE FEBRERO
DE 1987, EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA, POR EL
EXCMO. SR. DON GREGORIO SALVADOR CAJA
Y CONTESTACIÓN DEL
EXCMO. SR. DON MANUEL ALVAR LÓPEZ



MADRID

1987

Copyright 1987, Gregorio Salvador Caja y Manuel Alvar López

Dep. Legal : M. 3.518 - 1987

Imprenta Aguirre.—Gral. Álvarez de Castro, 38.—Madrid

DISCURSO
DEL
EXCMO. SR. DON GREGORIO SALVADOR CAJA

SEÑORES ACADÉMICOS:

CON emoción, con gratitud, con alegría, vengo hoy ante vosotros. Con la indescriptible emoción de estar viviendo este momento, casi un sueño, uno de los más gozosos que la vida me ha proporcionado; con la gratitud que por ello os debo y que quisiera poder, siquiera medianamente, expresaros; con aquella alegría que vuestra elección me produjo, el pasado cinco de junio, y que alcanza ahora su plenitud, en este acto ritual, al ocupar efectivamente un puesto en esta alta Institución y saberme así, desde hoy, vuestro compañero.

Tengo viejos y queridos amigos entre vosotros, tengo admirables maestros, a los que debo esos saberes que me han conducido por el camino que hasta aquí llegaba, y tengo admirados escritores de los que he sido desconocido y anónimo beneficiario, que me han procurado no pocas emociones, intensos placeres estéticos, valiosas opiniones e ideas, a los que debo, pues, alguna parte de la materia de mi vida. Comprended, por lo tanto, el júbilo de quien se asegura así, para sus días venideros, vuestra constante cercanía, vuestra viva presencia, vuestra generosa amistad. Y el agradecimiento que por ello os debe. Y el nudo que se le está haciendo en la garganta y que tal vez vaya a quebrar sus palabras.

Con liberalidad habéis decidido acogerme a vuestro lado, señalarme un asiento en esta Casa. Creo tener el buen juicio necesario para no envanecerme personalmente de ello. Sé que no me habéis elegido por lo que soy, sino por aquello en lo que me ocupo. Habéis designado al catedrático de Lengua española de la Universidad Complutense, a la persona que en ella explica lexicología, lexicografía y lexemática. Y eso está bien. “El principal fin que tuvo la Real Academia Española para su formación, fue hacer un Diccionario copioso y exacto”, escribieron los fundadores en la página I del de *Autoridades*, y a esa actividad se ha dedicado esta ilustre Corporación durante 273 años. Incorporar obreros especializados a ese tajo nunca estará mal, y eso justifica vuestra condescendencia en esta ocasión.

Haré lo posible por no defraudar la confianza que me habéis otorgado. Os prometo, en este instante solemne, que cumpliré con diligencia las tareas que me encomendéis, que con la largueza de mi esfuerzo futuro trataré de compensar la parvedad de mis méritos pasados, que, si con mi nombre no doy brillo a esta Academia, espero, con mi trabajo, contribuir a sus ineludibles obligaciones para con la lengua que nos une, para con tantos millones de hispanohablantes que confían a la autoridad de esta Institución la seguridad de su navegación lingüística.

Vengo a ocupar un sillón de nueva creación, el sillón “q” minúscula. Su hermano mayor, el sillón “Q” mayúscula, fue inaugurado en 1714 por don Mercurio López Pacheco, más tarde Marqués de Villena, y lo ocupa ahora don Camilo José Cela, que hace cuatro años, al recibir a don José García Nieto, afirmaba desde este mismo estrado que el español “no es sólo nuestra lengua, sino también

nuestro orgullo”¹. Y he de decir yo que ese orgullo, no tan frecuente ahora como debiera, ni siquiera bien visto, sí que lo poseo en alto grado y lo proclamo en cuanto tengo ocasión.

Y ésta, naturalmente, es pintiparada. Amo esta lengua que nos une a tantos pueblos y a tantas gentes y me enorgullezco de ella. A su enseñanza, a su análisis, a su investigación, he dedicado una parte esencial de mi vida. Tanta es la anchura de ese amor y tanta la dimensión de ese orgullo que hasta llegan a justificar, ante mi propia conciencia, el favor que me hacéis, el hecho para mi prodigioso e increíble de que me hayáis llamado a formar parte de esta Real Academia Española, que tiene ante todo la alta misión de vigilar su uso, de cuidar con esmero un instrumento tan valioso. Porque, para poner celo en su cuidado, es amor lo que se necesita, y en amor a la lengua española admito que haya quien me iguale, pero no creo que exista quien me supere.

La circunstancia de estrenar silla me exime de lo que es obligada y tradicional costumbre en esta Casa: que el que llega a incorporarse haga el elogio de su antecesor. Como nadie ha ocupado antes mi asiento, pensé que podría dirigir el preámbulo encomiástico hacia la letra que lo rotula y, puesto a ello, cuajó de tal manera y tan ampliamente la idea que he convertido ese elogio en la materia de mi discurso.

Voy a hablar, pues, simplemente de la letra *q*, de sus peculiaridades, de su origen y vicisitudes, de sus detractores y de sus partidarios, de sus blasones y de sus flaquezas, de su evidente vulnerabilidad y de su posible razón de ser.

Parece asunto nimio hablar de una letra de tan limitado juego en la representación gráfica del idioma, de tan discutida utilidad, por otra parte, pero es la letra que me habéis asignado y eso me obliga, cuando menos, a reflexionar sobre ella y sobre el papel que pueda corresponderle en nuestra lengua. Que yo sepa, sólo un trabajo específico se le ha dedicado a este signo alfabético, el artículo “Q”, que escribió el gran filólogo colombiano Rufino José Cuervo, en 1871 ², y que no pasaba de cuatro páginas, pese a lo cual se excusaba ante sus lectores, al acabarlo, “de haber escrito tan largo sobre materia tan sosa”. Tal precedente bastaría acaso para disuadir a cualquiera de tornar a la empresa, pero yo creo que, al hilo de la *q*, tal vez podamos plantearnos algunos problemas más generales, problemas que afectan al equilibrio inestable de todo sistema lingüístico, al constante enfrentamiento entre tradición e innovación, a las razones aparentes y a las profundas motivaciones que pueden alentar en cualquier controversia lingüística.

Digamos —y no descubro nada oculto— que la *q* ha sido siempre una letra polémica. Lo fue incluso en latín, de donde la heredamos, pues ya a Quintiliano le resultaba ociosa, existiendo la *c*, aunque no se atrevió a suprimirla. En 1575, en su *Honra de escribanos*, recordaba el caso y expresaba sus dudas nuestro Pedro de Madariaga, con estas sabrosas palabras: “Quintiliano dice que la *q* es letra baldía, pero preguntárale yo cómo escribiera él su nombre sin la *q*” ³.

La *q* ha estado, siglo tras siglo, en el punto de mira de los reformistas ortográficos, y aunque algunos, de los que luego hablaremos, llegaron a adoptarla como signo único

para presentar la oclusiva velar sorda, han abundado más los del rechazo sin contemplaciones, desde Gonzalo Correas ⁴ hasta Jesús Mosterín ⁵. De echarla habló Correas, de hacerla desaparecer Mosterín, de suprimirla o de abolirla otros, de expulsarla o de desterrarla algunos, y hasta de dejarla excedente, que fue la suavizada fórmula que utilizó el académico cubano Adolfo Tortoló, en el proyecto de reforma ortográfica que presentó al Tercer Congreso de Academias de la Lengua Española ⁶.

Es curiosa la pasión que se pone al hablar de las letras, su humanización en ocasiones para que el sarcasmo o la injuria las alcance de plano. En 1634, el Licenciado Bravo Grajera tenía por indecente la novedad de escribir *Cristo* como hoy lo escribimos, sin *h* tras la *C* ⁷, y siglo y medio más tarde era ya una letra, la *v*, la que resultaba indecente para Pablo Pedro de Astarloa, desde la perspectiva del vasco, porque, decía, ningún idioma perfecto debe admitirla en su alfabeto ⁸. En la polémica sobre *q* y *k* no escasean los textos de este tipo. El Maestro Gonzalo Correas escribe, en 1630: “La *Q* es otra letra ke bien baila... Viene esta *qu* perpetuamente arrimada a la *u* komo dueña kon brazero, ke tiene melindre i asko de llegarse a las otras vokales i las toma su boz deskortés kon guante; quién kon esto no la echara sí por enfadosa” ⁹. A lo que su oponente Juan Robles replicaba con este retrato que hace de la *k*: “aquel trasto viejo que tan arrinconado le han tenido los latinos y tan desechado los castellanos; aquel en quien se observó toda la diformidad de Tersites, Proteo, Hiponacte, Coriteo y Polifemo, y de todos los demás que abominó por feos la antigüedad; aquel camello sentado con más jiba que la de Esopo, Galva y Colomano. Zamba y zurda y, última-

mente tan asquerosa, que no nos podemos atrever a llamarla sin riesgo de caer en descortesía”¹⁰.

La propia figura de una letra o la complejidad de su trazado acaba utilizándose como argumento para su rechazo. Mateo Alemán había excluido la *k* en su *Ortografía* por “inútil, extranjera y difícil de escribir”¹¹ y su “muy embarazosa” escritura será también uno de los argumentos que utilice, medio siglo después, don Juan de Palafox y Mendoza para reprobarla¹². Pero quien había desarrollado esta idea, con hiperbólica prolijidad, había sido el ya mencionado Juan de Robles, en *El Culto Sevillano*: “no habrá beneficio que aproveche en la *k*, porque cuando más la engalanan ha de tener siete golpes: uno para el mástil derecho y dos para las antenas atravesadas, y cuatro para las guarniciones de las cabezas y pies. De forma que viene a ser de cualquier manera fea de participantes, porque afea todo cuanto con ella se escribe, aunque estén las demás letras bien y hermosamente formadas. Y con su embarazo... vendrá el escribiente más liberal a escribirse una plana en un día de mayo, porque si es de enero serán menester dos”¹³.

No alcanzan los escritores, cuando comparan personas con letras o letras con personas, estos extremos prosopéyicos e hiperbólicos de los ortografistas. Quien fue las dos cosas, Mateo Alemán, dice que la *q* es una de las letras más usadas que tenemos y que “con aquel sombrerito que se le pone (\bar{q}) hace sílaba”¹⁴. El tal sombrerito, la tilde abreviadora, es toda una institución en los textos impresos de la época y se prestó, incluso, al juego alegórico y a la creación barroca. La *q* con tilde es abreviatura de *qual*, y con la adición de *que*, *qualque*, un cualquiera, un don na-

die. En el romance que empieza “Tenemos un doctorando”, escribe Góngora:

“Concédale, pues, el claustro
este doctoral adorno;
sirva de tilde la insignia
a la Q de nuestro coco.
¿Qué hay, señor Q tilde, qué?”¹⁵.

La expresión la lexicalizará Gracián, desarrollándola, en la crisis cuarta de la tercera parte de *El Criticón*: *qutildeque* es el afectado, el presumido, el mirlado, el abemolado, el ceremonioso, el espetado, el acartonado y otros muchos de esa laya. “Todos estos atildados —concluye el jesuita aragonés— afectan parecer algo, y al cabo son nada. Y si acertáis a descifrarlos, hallaréis que no son otro que figuras en cifra de *qutildeque*”¹⁶.

En nuestro siglo, Ramón Gómez de la Serna nos ha dicho en una greguería que “la Q de Quevedo se parece a él y tiene hasta su bigote perillán”, y la *q* minúscula, alzada a la línea del renglón, como un nueve espigado, se ha dibujado alguna vez como inicial de *Quijote*, fundiendo caligrafía e imagen y convirtiendo así la letra en trasunto del propio Caballero de la Triste Figura¹⁷.

Trocar las letras en símbolos es operación que estamos presenciando cada día. No voy a hacer bandera de la *q*, pero algunas cosas tendré que recordar de las que se han dicho en su defensa y aun añadir otras. Al fin y al cabo, la *Q* lucía en el estandarte imperial romano, en la famosa sigla *S.P.Q.R.*, y de algún modo es el más claro signo alfabético de nuestra latinidad. Y ése ha sido el argumento

más constante de sus valedores frente a la comprobada extranjería de la *K*, por la que tantas veces se ha pretendido sustituir. Juan de Robles, que tan dura y despectivamente trata a ésta, como hemos visto, dice en cambio de la *q*: “Uso della como mis mayores, en honor de su autoridad y de la antigüedad, poniéndole siempre la *u* por pedisequa”¹⁸. Tradicionalidad de la *q* y exotismo de la *k* han sido siempre, aparte disputas de gramáticos, saberes arraigados en la conciencia popular: “Más viejo que la *cu*” es modismo expresivo usado al menos en Aragón, y ya Lope de Vega, en la escena VI del acto primero de *La dama boba*, hace decir a Rufino, que enseña la cartilla a Finea, la dama del título:

“Esta es *ca*. Los españoles
no la solemos poner
en nuestra lengua jamás.
Úsanla mucho alemanes
y flamencos ...”¹⁹.

Ya no tan solo ellos. He recibido no hace mucho una carta desde un norte más próximo, desde una ciudad de nuestro norte peninsular, en la que un comunicante desconocido, enterado de que mi discurso iba a versar sobre la *q*, me cuenta que ha tenido que padecer el ver su propio apellido, Quintana, escrito con *K* en una citación oficial.

No me han faltado corresponsales ni espontáneos informadores desde que, recién elegido para el sillón que hoy ocupo, manifesté a una periodista mi propósito de hacer el elogio de la letra que lo designaba. Mi amigo Miguel Ángel Ladero, catedrático de Historia Medieval, me escribió una hermosa carta al respecto en la que se alegraba

de mi “defensa de la *q*, letra noble y latina, reina de la pregunta y eslabón universal, algo venida a menos en estos tiempos de barbarie dominados por la *k*”²⁰.

No quería yo hacer bandera de mi letra, pero me proclaman abanderado. Pensaba que había escogido un tema inocuo, un asunto anodino que apenas podía soliviantar a los ortografistas, y resulta que caigo en medio de una guerra más torva y que mi disertación acaso irrite a los emborronadores de señales de tráfico. Por descontado que no me importa. Asumiré mi papel de custodio de la letra *q* y trataré de justificar su presencia en nuestra lengua, su razón de estar, no ya desde el pasado, como se suele, sino con la mirada puesta en el futuro.

La *q* es la vigésima letra del abecedario español y la decimosexta de sus consonantes, según reza la última edición del *Diccionario* académico. Para el de *Autoridades* que, como es sabido, se atenía al sistema universal, era la decimaséptima de las letras y decimatercia de las consonantes. Apareció por primera vez como vigésima en la edición de 1803²¹, cuando se reconoció la *ñ* como singular letra española y se les otorgó consideración de letras a las combinaciones *ch* y *ll*, con lo que introdujimos una disparidad en nuestra ordenación alfabética que no deja de causarnos trastornos en este internacionalizado mundo de hoy y que es un asunto cuya reconsideración se ha solicitado más de una vez, que preocupó incluso a don Ramón Menéndez Pidal²² y que tal vez haya que replantear de nuevo.

Tenemos de todo entre las establecidas veintinueve letras de nuestro alfabeto. Tenemos, como digo, una exclusivamente española, la *ñ*, dos dígrafos con estatus de letra,

la *ch* y la *ll*, y otro sin tal consideración, la *rr*, dos letras claramente extranjeras, la *k* y la *w*, aunque los intentos de nacionalizar la primera hayan sido constantes desde hace siglos²³, letras universales con peculiar correlato fonético en nuestro idioma, la *j* o la *z*, por ejemplo, una letra universal entre nosotros muda, la *h*, aunque aún suene en algún dialecto, otras más íntegramente universales por su completa identidad, gráfica y fonética, letras, por lo tanto, sin problemas, como la *p* o la *f* o la *l* o la *m*, letras polifónicas, como la *g* o la *c* o la *r*, y letras que se disputan o se reparten un único territorio fonológico, como la misma *g* con la *j*, o la *b* con la *v*, o la *c* con la *z*, por un lado, y con la *k* y con la *q*, por otro.

He aquí, pues, la situación de nuestra *q*, repartiéndose con la *c*, en clara y precisa distribución complementaria, las funciones del fonema velar oclusivo sordo, que les disputa desde fuera la extraña pero más inequívoca grafía *k*, con notables valedores de cuando en cuando y dispuesta a reemplazarlas en cualquier momento, alzándose con el santo y la limosna. Precaria situación, por consiguiente, la de la letra *q*, limitada en sus posibles usos, constreñida a valerse siempre de una *u*, silenciosa pero insoslayable, lo que la convierte propiamente en un dígrafo, en un grafema indisociable, según el parecer de Emilio Alarcos²⁴, o en un conjunto grafemático, de acuerdo con la denominación de Lidia Contreras²⁵.

Posiblemente, ese aspecto desvalido, extraño, que presenta a nuestros ojos la *q* sin la compañía acostumbrada de su vocal de escolta, haya sido el más firme obstáculo con que han tropezado los proyectos de reforma ortográfica que la favorecían, frente a la *c* o la *k*, en el viejo

pleito de la representación unitaria y simple de ese fonema, desde Mateo Alemán hasta Andrés Bello. El escritor sevillano repartía el predio entre *c* y *q*, según la vocal siguiente, pero eliminando, por innecesaria, la *u* intermedia en las secuencias *que*, *qui* ²⁶. El gramático venezolano planteaba su proyecto en dos fases o etapas: una primera en que se suprimiría la *u* en esas secuencias y otra posterior en que se extendería su uso a *qa*, *qo*, *qu*, pero ni él mismo se sintió con ánimo de practicar, en este y otros puntos, su reforma, limitándola en el uso a unas pocas modificaciones: *j* por *g* para este sonido, *i* latina siempre para el fonema vocálico y *-s* por *-x* delante de consonante, la luego llamada ortografía chilena ²⁷. Debía tener presente la fuerte repulsa con que se había recibido un siglo antes el intento reformista de don José Hipólito Valiente, profesor de la Universidad de Salamanca, que había publicado en 1731 su *Alfabeto, o nueva qoloqazión de las letras qonozidas en nuestro idioma qastellano*, con *B* su apellido y también *Universidad*, sin *H* su nombre, con *q* “colocación”, “conocidas”, “castellano” y “Salamanca”, lo cual ya basta como síntesis de su intención. Don Gregorio Mayáns, a quien el autor envió el libro, le contestó, con cortesía, pero sin ningún entusiasmo, que habría de llegar el momento en que se fijase la ortografía, pero que antes “conviene que los hombres eruditos con sus disputas aclaren la verdad. Lo que debemos desear es que estas sean juiciosas y modestas” ²⁸. Recuerda esta réplica la apreciación de don Emilio Cotarelo acerca de los desenfrenos de Correas en favor de la *k*, que “fue —dice— la causa primera del fracaso y nota ridícula que cayó sobre aquel hombre tan sabio, aunque tan poco juicioso” ²⁹.

Y es que tan sorprendentes y exóticos como los textos

de Correas, con su repelente invasión de kas tentaculares, resultan los de Valiente, con su inquietante proliferación de insólitas cus desamparadas. La verdad es que, en la conciencia ortográfica española, la *k* se siente como foránea, pero la *q* sin *u* se valora como falta de ortografía. Recordemos aquel rótulo transcrito por Galdós en *Fortunata y Jacinta*, “se alquilan qartos”, o el que vio don Pío Baroja en un portal de la calle de los Estudios: “qerdas de gitara”, cuerdas de guitarra ³⁰. El nimbo de extravagancia que acompaña a la *q* aislada no se ha desvanecido ni siquiera con su presencia relativamente frecuente en antiguas abreviaturas, en siglas modernas y en símbolos matemáticos y físicos de antes y de ahora ³¹. Así un periódico madrileño del 22 de octubre pasado aseguraba, desde un título, que “Las raras nomenclaturas Q-1 y Q-2 han creado un enorme desconcierto popular”, y explicaba luego en el texto que tales denominaciones para las dos posibilidades de la quiniela futbolística (resultados del descanso y resultados del final) había originado un lío mayúsculo entre los apostantes y había dado lugar a reclamaciones infundadas ³².

Creo incluso que ese intensivo rechazo de la *q* desasistida ha sido el verdadero motivo de su eliminación en la única parcela de nuestros usos donde se ha prescindido de ella. Me refiero al que pudiéramos llamar alfabeto automovilístico, a las letras y combinaciones de letras que aparecen en las matrículas de los coches. Lo que no ha logrado la muchedumbre de ortografistas demoledores, enemigos de la *q*: Gonzalo Correas, Lamberto Pelegrín ³³, Mariano Bosomba ³⁴, Leandro Boned ³⁵, Francisco Ruiz Morote ³⁶, Juan de Becerril ³⁷, Fernando Araujo ³⁸, Eduardo de la Barra ³⁹, Onofre Peligro ⁴⁰, Alejandro Juliá ⁴¹, Adolfo Berro ⁴², Rodolfo M. Ragucci ⁴³, Adolfo Tortoló ⁴⁴, Carlos-Pe-

regrín Otero ⁴⁵ y Jesús Mosterín ⁴⁶, lo que no han logrado ellos, digo, lo resolvieron de un plumazo, para ese sector, el almirante Carrero y el general Franco, que firmaron el Decreto de la Presidencia del Gobierno de 13 de agosto de 1971 y suprimieron, en el nuevo sistema de matriculación de vehículos automóviles que en él se regulaba, la Ñ y la Q, por ser fácilmente confundibles con la N y la O ⁴⁷. Valga lo de la confusión de la Ñ, dado sobre todo su carácter autóctono, lo que la hace inapropiada para el tráfico internacional, pero entre la Q, que sí se usa en otros países, y la O, más bien hubiera sobrado ésta, que se confunde con el cero. Pienso que fue ese efecto de desnudez y desvalimiento que produce el verla sola, sin la *u*, el que debió inconscientemente influir en su supresión.

Otra peculiaridad de nuestra letra, que sólo comparte con la *x*, es la de no estar incluida en su propio nombre. El nombre de la *q* se escribe con *c* y resulta homónimo, aunque con distinto género, de una voz maya, usual en el español de Mesoamérica, para designar los viejos adoratorios indígenas. Esta incoherencia gráfica ⁴⁸ me recuerda la falsa anécdota que cuenta, con mucha gracia, uno de los más grandes lingüistas actuales, miembro correspondiente extranjero de esta Academia, Eugenio Coseriu, la de aquel filólogo portugués que, en un congreso internacional, hablando con colegas de otros países, les señala la inadecuación de sus respectivas lenguas (“Vejam os senhores as linguas irracionais que tem!”), pues la secuencia *ku* significa vaca en alemán, cuello en francés y es apenas el nombre de una letra en italiano y español, mientras que en portugués “*cu* é o *cu* mesmo”. Y la verdad es que, si nos atenemos a la ortografía del nombre de esa letra, no resulta tan disparatada la acusación de irracionalidad. Al fin y al

cabo, el portugués la nombra *que*, aunque sólo sea para escapar a tan incómoda homonimia, y *qe* era el nombre que proponían, para el español, Andrés Bello y García del Río en su proyectada reforma ⁴⁹ y dos siglos antes Mateo Alemán la había llamado *qu* ⁵⁰. Otro ortógrafo del siglo xvii, el Maestro Bartolomé Jiménez Patón, la llamó *qu*, pero escrita con su propia letra ⁵¹, y lo mismo años más tarde Caramuel, en su *Primus calamus*, aunque añadiéndole una segunda *u*: *quu* ⁵².

Ello era hacedero en ese siglo, pues la secuencia *qu*-seguida de vocal, con *u* pronunciada, era posible ortográficamente. El mismo Cervantes escribía con *q* *quatro*, *qual*, *quantioso*, *cinquenta*, *quatrocientos*, *quenta* y *quento*; Lope de Vega, *qualquiera*, *quales*, *quando*, *quanto*, *eloquencia* y *quadrilla*; Góngora, *quantidad*, *delinquente*, *pasquas* y *quidado*; Tirso de Molina, *quenten*, *quadre* y *requa*; y antes Santa Teresa, *quatro*, *quanta*, *quadrome* y *quaresma*. Bien es verdad que otros autores preferían *c* en estos casos; así Juan de la Cueva, Cristóbal de Virués o Fernando de Herrera ⁵³.

Esta notable vacilación ortográfica, con la que se encontraría la Academia en el siglo xviii, se arrastraba desde la Edad Media y, en la propia prosa alfonsina, lo mismo aparecía la secuencia *qu* delante de *e*, *i*, con *u* muda y uso idéntico al actual: *quepa*, *saquen* o *quinta*, que delante de otras vocales, y lo mismo en palabras que tuvieron *q* en latín, *quando* o *nunqua*, que en otras como *aquerden* o *querpo* donde no era etimológica ⁵⁴. Por un lado, el peso de la tradición latina, que ya era de por sí confusa a este respecto, y, por otro, la realidad de la pronunciación, gravitaron durante siglos sobre gramáticos y escritores, que

no sabían a qué carta quedarse. En el siglo xv, don Enrique de Aragón, tratando de las letras que se escriben y no se pronuncian y de las que se pronuncian y no se escriben, muestra así su perplejidad: “Quien dice *Cuyo* pronuncia Q, e no se pone. *Cantar* pronuncia la K, e no se pone”⁵⁵ y Alonso de Palencia, en su *Universal vocabulario*, dice que la *q* es letra “que primero no era y algunos la dijeron letra demasiada porque los antiguos todas aquellas partes escribieron con *c*”, explicación que es traducción literal de las *Etimologías* de San Isidoro⁵⁶.

Nebrija, que en ortografía se declaró discípulo de Quintiliano y piensa “que así tenemos de escribir como pronunciamos, e pronunciar como escribimos”⁵⁷, destierra de su proyecto de alfabeto castellano, de veintiséis figuras, la *q* y la *k*, que también a aquel le estorbaban en el latino, y sustituye a ambas por *c*; pero, como es bien sabido, fue un sistema que no practicó porque, declara, “en aquello que es como ley consentida por todos, es cosa dura hacer novedad”⁵⁸.

En 1531 el Bachiller Alejo Vanegas se mostró partidario del abecé de Nebrija, pero restituyéndole la *q*, que no le parece del todo superflua, aunque las razones que aduce lo único que demuestran es que no se había enterado del propósito de la reforma⁵⁹.

Juan de Valdés que, como es bien sabido, no le tenía demasiada simpatía al lebrijano, opta casi siempre por la *q* en la secuencia *cu*, deja para la *c* muy pocas palabras, *cuchara* o *cuero*, y hasta pretende diferenciarlas fonéticamente, porque los vocablos “que se han de escribir con *q* tienen la pronunciación más hueca que los que se han de escribir con *c*, los cuales la tienen mucho más blanda”⁶⁰.

No prosperaron esas fantasías valdesianas y el Licenciado Villalón, en 1558, sentencia: “La *c* tiene en el castellano la misma pronunciación, siendo simple, que la *q* y así comunmente no hacen diferencia entre ellas los hombres cuerdos”⁶¹.

La identidad fónica fomenta la confusión ortográfica: si unos se atienen al magisterio de Nebrija, otros se acogen a la autoridad de Valdés, y así permanece la indecisión hasta el siglo XVIII, pese al buen criterio de algún gramático como el cordobés Juan Sánchez, por ejemplo, que en 1576 anticipará la división de funciones a que finalmente hemos llegado⁶².

El *Tesoro* de Covarrubias incluye en la *Q* palabras como *quaderno*, *quadra*, *quando*, *quartel*, *quajo*, *quantía*, *questión* y otras semejantes, ateniéndose, con manga muy ancha, al criterio etimológico, después de dar una estrambótica explicación de la letra, de la que dice que “es consonante muda, porque suena como la *C*, y en cierta manera ociosa como la *K*, pues suple por ella la *C*; y la razón de usar della es porque siguiéndole siempre la *U* ayunte en una sílaba la vocal siguiente”⁶³.

Al fundarse esta Academia, con la finalidad esencial de hacer un diccionario, una de sus primeras tareas hubo de ser la de poner concierto en el desbarajuste ortográfico, pues sin un orden alfabético previamente establecido no hay diccionario que valga. Tres posibles principios reguladores podían disputarse la orientación de esa normalización ortográfica, los tres con larga y debatida tradición. El principio fonético de Quintiliano, deseado por Nebrija y practicado por Correas sin contemplaciones, el principio

etimológico, que tan gravemente ha lastrado la escritura de lenguas como la francesa o la inglesa, y el principio horaciano del uso que, en palabras de Ángel Rosenblat, era el que “seducía a la Academia”⁶⁴. Ahora bien, como ella misma tiene que reconocer, en su primera *Ortografía*, “no hay uso constante sino en una, u otra voz; pues en lo general cada uno abusa de su pluma, escribiendo mal, si pronuncia mal, y escribiendo mal, aunque pronuncie bien”; el uso se torna, pues, en abuso, gobernado “por el libre albedrío de la ignorancia”⁶⁵. Así las cosas, esta Corporación optó en sus comienzos por el principio etimológico, atemperado notablemente por el fonético —o fonológico, que diríamos más propiamente ahora—, por el que lo fue sustituyendo paulatinamente, regalándonos a los usuarios del idioma con una de las ortograffas más racionales y coherentes que circulan por el mundo actual.

En lo que atañe al pleito que aquí nos afecta, la Academia, aceptada la superioridad del principio etimológico, retrasa una decisión que parecía desprenderse de la propia exposición que, de los hechos referentes a la *q*, hace al frente de su *Diccionario de Autoridades*⁶⁶, decisión que incluso podía haber basado en el uso, si no de todos, sí de algunos de los escritores con cuyos textos va a autorizar sus vocablos. El caso es que incluye en la *Q*, letra que redactó el académico don Francisco Antonio Zapata, todas las palabras que la tenían en latín y aun dos americanismos botánicos, *quarango*, árbol de la quina, y *quoque*, árbol de Indias cuya fruta es tan grande como el huevo del ganso, según los define, cuyas cus, en todo caso, resultan inexplicables.

Afortunadamente, la primera decisión académica fue contestada, como ahora se diría, y el otro gran lexicógrafo

del siglo XVIII, el P. Terreros, se quedó con la *q* sólo para *que*, *qui*, con su correspondiente *u* de apoyo y considerándola, por ello, letra doble⁶⁷. Y la autoridad del excepcional jesuita era más firme que la de otras pintorescas voces de ese siglo, como la del Licenciado Juan Pérez Castiel, que en su *Breve apología en verso que declara la solidez de la Orthografía española, que es la Castellana corriente*, argumenta de este modo a favor de la *q* etimológica:

“No escribas *quando* con *c*,
pues se escribe bien con *q*;
y esto que te digo a tú,
desde pequeño lo sé”⁶⁸.

Flaco favor podían hacerle tales aleluyas al etimologismo adoptado por la Academia, que en la quinta edición de su *Diccionario*, la de 1817, traspasó de la *Q* a la *C* palabras como *cuaderno*, *cuadrado*, *cuadril*, *cual*, *cuanto*, *cuestión*, *cuota* y muchas más, tras haber establecido, en 1815, en la octava edición de su *Ortografía*, la regulación ortográfica que sustancialmente ha llegado hasta nosotros. Que la Academia se había situado en el buen camino ortográfico lo demuestra el éxito extraordinario de esta edición de la *Ortografía*, notablemente reformada y corregida, como decía en la portada, que se agotó pronto, remediando de paso las penurias económicas de la Institución, que pudo así saldar cuentas con los menestrales a quienes se debía algunas cantidades atrasadas, según se refleja en el acta de la sesión celebrada el 22 de mayo de aquel año. Y ello pese a haber aparecido una reimpresión pirata, que se hizo en Valencia y llegó a venderse en la Corte, lo que obligó a la Academia a comunicarlo al Juez de Imprentas, para descubrir luego que se había hecho la edición valenciana con

licencia del Regente de la Audiencia de aquella ciudad, que tal vez pensara que a una obra de tan probada utilidad pública no se le podían poner cortapisas⁶⁹.

El acuerdo definitivo sobre la *q*: “Las combinaciones *ca*, *co*, *cu* siempre se escribirán con *c*, quedando a la *q* solo el *que*, *qui*”, se había tomado en la junta de 10 de enero de 1815⁷⁰. La *k* se suprimía del abecedario castellano y no volvió a admitirse hasta 1869. Digamos que la determinación era tan acorde con el uso que se había ido extendiendo y tan clara y precisa en la distribución del único fonema entre los dos signos, según la vocal siguiente (la posición en grupo consonántico o final de sílaba las cubría exclusivamente la *c*), que la regla se generalizó sin esfuerzo y fue aceptada de buen talante por autores e impresores. Daba al traste con el etimologismo, hasta el punto de que, de los cuatrocientos doce vocablos que el actual *Diccionario* registra en la *Q*, una buena porción de ellos, y de los más característicos, *quebrar*, *quejarse*, *quemar*, *queso*, *quijada* y *quimera*, entre otros, con todos sus derivados, no tienen *q* etimológica, sino *c*.

Los maximalistas de la ortografía estiman inútil la *q*, se irritan con la *u* muda que la acompaña, claman contra su inanidad y pretenden eliminarla, otorgándole su función bien a la *k*, bien a la *c* o, en el mejor de los casos, despojándola de la *u* y dándole a ella todo el campo del fonema oclusivo velar sordo frente a las otras. Ejemplos de todo ello hemos visto y, con prolijidad, otros varios se podían haber mencionado. Pero la verdad es que la *q*, con su normalización actual y, si la consideramos como lo que realmente es, como una letra doble, como un dígrafo, no ofrece ningún problema ortográfico, la regla de su empleo se

aprende en un santiamén y los profesores sabemos por experiencia que no es precisamente una letra de las que hacen incurrir en faltas de ortografía.

Ahora bien, lo que creo es que, bajo ningún pretexto, debiera alterarse ese estatus. Y resulta que esta Academia, que deslindó con nitidez su uso, desdeñando cualquier prejuicio etimológico, lo ha transgredido luego en más de una ocasión. Como dijimos, de la letra Q de su *Diccionario* desplazó en 1817 voces como *quaderna*, *quaternario*, *quatro*, o *cuota*, que fueron a parar a la C, donde debían. Pues bien, en la última edición se inserta en ella *quater*, con esta acentuación, como “vocablo latino que significa «cuatro veces» y que, en una serie ordenada, puede añadirse al nombre de un número entero tras el que se ha introducido un número ter”; si es vocablo latino, sobra en el diccionario español; si es latinismo adaptado, habrá que escribirlo a la española. Esa es la primera palabra ahora de la letra Q, la última es *quórum*, que ya no es tecnicismo especializado sino voz de uso común, de alto índice de frecuencia incluso, incorporada al léxico académico desde 1925. ¿Tiene más derecho que *cuota* a escribirse con q, si nos atenemos a la laudable resolución que se tomó en esta Casa, en 1815, de cortar por lo sano? Y algunos otros casos pueden espigarse en el conjunto del *Diccionario*; por ejemplo, *nequáquam*, que ya registró el de *Autoridades* y que el actual define como adverbio negativo familiar, «en ninguna manera, de ningún modo». ¿A santo de qué respetar la grafía latina en una expresión como ésta, no ya familiar, sino achulada? Un vocablo tan tradicional como para autorizarse, en su origen, con un texto de Moreto:

“Pues que se cuente de mí
que aquesto dejé perder,
pudiendo aquesta mujer
valernos un Potosí:
nequáquam ...”

y tan coloquial como para aparecer abundantemente en el sainete y la comedia costumbrista, así en este diálogo madrileño de los hermanos Álvarez Quintero, en *Los galeotes*: “— ¿De modo que usted *nequáquan*, —Según lo que usted entienda por *nequáquam*. —*Nequáquan* es que usted no afloja ni pa Dios”⁷¹. ¿Qué hace tal palabra, digo yo, con más de tres siglos de uso popular, escrita de nuevo como latina en el *Diccionario*, tras haberse escrito con *c* desde la quinta a la undécima edición, La Academia debería ser estricta en la aplicación de la regla que ella misma impuso y tales grafías no tienen justificación en ninguna voz de uso común. Valga su empleo arcaizante en algunos apellidos, que ese es asunto particular que escapa a la autoridad de las normas generales. Bien están los Quadros o los De la Quadra, con *Q*, que para ellos será blasón familiar, pero tales reliquias gráficas no deben ser de diccionario sino de guía telefónica. Porque si juntamos estos respetos genealógicos con las mencionadas transgresiones académicas, que pueden ir aumentando, además, con la adopción de anglicismos técnicos de origen latino, y sumamos el hecho de que la ortografía catalana, mucho más retrógrada que la del español, nos ofrece copiosa muestra de nombres propios con *q* etimológica, podemos volver fácilmente a la situación anterior a 1815 y resucitar el caos ortográfico que afectó a nuestra letra durante siglos.

Dije antes que, de algún modo, dentro del abecedario,

la *q* era el más claro símbolo de nuestra latinidad. Puedo añadir ahora, a la vista de lo que llevamos dicho, que lo es por su presencia y su figura, no en ningún modo por su función. Porque, curiosamente, debido a los avatares de la fonética histórica y tras esa última regulación ortográfica, ha venido a representar en castellano exactamente lo contrario de lo que representaba en latín, es decir, la articulación adelantada, propiamente palatal, del fonema consonántico definido como velar oclusivo sordo ⁷².

Y es que la historia de la *q*, su mismo origen, su adopción por el latín, son hechos ligados a una realidad fisiológica siempre repetida: la esencial variabilidad del punto de articulación en esa oclusiva posterior, que suele acomodarse a la localización de la vocal que la sigue ⁷³. Tal variabilidad articulatoria lleva, sistemáticamente, en la historia de las lenguas, a diferentes resultados en la evolución de esa consonante, según vaya seguida de vocales anteriores como *e*, *i*, o de vocales posteriores, y el doble valor fónico de nuestra actual *c* es un palmario ejemplo de ello. Cuando la articulación verdaderamente velar, retrasada, añade el rasgo de redondeamiento labial para reafirmar su condición, puede llegar a independizarse fonemáticamente, diferenciándose, pese a la inicial proximidad acústica, de la articulada sin labialización y, con frecuencia, en el paladar. De ahí las dos letras semíticas *kaf* y *qof*, que de los fenicios tomaron los griegos, convirtiéndolas en su *kappa* y en su *qoppa*, aunque el generalizado alfabeto clásico, jónico-ático, sólo se quedara con la *kappa*, mientras se mantuvo el uso de la *qoppa* en dialectos occidentales, de alguno de los cuales, posiblemente el de Cumas, la tomó el latín, adoptándola como *Q*. El signo fenicio, un círculo partido verticalmente por una línea que se prolonga hacia abajo, era al parecer

la simplificación del jeroglífico egipcio que significaba 'mono' y cuyo dibujo representaba, esquemáticamente, la cabeza de ese animal ⁷⁴.

Llegada al latín por esa vía que digo, evolucionada la primitiva cabeza del simio hasta dar la que será nuestra *Q* de Quijote o de Quevedo, su historia es polémica desde el principio, pues los gramáticos latinos tampoco se pondrán de acuerdo, como luego los nuestros, que en gran medida los imitan, acerca del valor o superfluidad de esa letra, de su identidad o disparidad fonética con respecto a la *c*. La consideran ociosa, entre otros, Varrón, Terenciano Mauro, Cledonio o Prisciano, y la estiman necesaria Cornuto, Velio Longo, Terencio Scauro, Probo, Sergio o Marciano Capella. Particularmente valioso me parece el testimonio de Mario Victorino, para el cual lo mismo *c* que *q* se pronuncian con la garganta, la una con la boca distendida, la otra con la boca abocinada ⁷⁵.

Yo me voy a atener al juicio de un sabio latinista, Sebastián Mariner, que cuenta la labiovelar *qu* entre los quince fonemas consonánticos latinos, que él caracteriza funcionalmente ⁷⁶, pese a las razonables dudas de nuestro compañero Emilio Alarcos al respecto ⁷⁷. Lo cierto es que, aparte el valor monofonemático o bifonemático que pudiera tener y que resulta arduo de decidir, fonéticamente, al menos, *qu* y *c* latinas estaban claramente diferenciadas, como lo muestra su propia historia fonética en las diversas lenguas románicas.

Y esa historia se repite inevitablemente en cualquier lengua que posea tal fonema velar, cuyas variantes combinatorias, de articulación propiamente velar o decididamen-

te palatal, dependen siempre de la vocal que siga. La serie *cu, co, ca, que, qui* del español actual presenta fonológicamente, no cabe duda, un único fonema consonántico /k/, pero, fonéticamente considerado, cinco variantes combinatorias con distinto punto de articulación, velar en los tres primeros casos, palatal en los otros dos, los que precisamente escribimos con *qu*. Tan amplia es la zona articulatoria de esa consonante, velar, postalatal y hasta medio-palatal, que entre los posibles defectos de pronunciación se cuenta el de algunas personas incapaces de pronunciar esta consonante cuando es realmente velar, es decir, en las combinaciones *ca, co, cu*, pero no en las combinaciones *que, qui*. Un glorioso escritor, que fue muchos años miembro de esta Academia, el maestro Azorín, tenía precisamente esa dificultad.

Lo que resulta evidente es que, en trance de evolución, el resultado de las secuencias **ke, ki**, de articulación históricamente más inestable, es siempre diverso del de las combinaciones **ka, ko, ku** y acaba dando fonemas distintos. Disponer en español de dos grafemas, en distribución complementaria, para ese fonema /k/ de nuestro actual sistema consonántico, no es un lujo inútil, como afirman los reformistas ortográficos, sino una encomiable previsión.

Hay otros aspectos de nuestra ortografía cuya reforma sería deseable y conveniente y por la que yo estaré dispuesto a abogar, desde ahora, en la medida que me sea posible. Esencialmente aquellos que ya estaban, como proyecto implícito, en el espíritu reformista de la Academia que dio lugar a la *Ortografía* de 1815. Pero entiendo que el reparto ortográfico que se hizo entonces del fonema velar oclusivo sordo, entre la *c* y la *qu*, fue perfecto, porque la

existencia de dos grafemas, con uso exactamente regulado, no resulta engorrosa ahora y puede resultar providencial en un futuro lejano si, como es de esperar, se reproduce la diversificación fonológica de ambas series combinatorias.

No defiendo, pues, la *q* como resultado de nuestro pasado latino —el rumano ha prescindido de ella, sin abjurar de su romanidad— sino como legado del que puedan aprovecharse, en algún futuro reajuste fonológico, nuestros descendientes hispánicos.

Bien es verdad que, aun aceptada esa premisa, los ortógrafos recalcitrantes seguirán negándole toda razón de ser a la excusada *u* que la acompaña. Y no hay argumentos razonables que les podamos oponer. Sólo la herencia latina y el hábito visual ⁷⁸. Como ya dije, la *q* sin *u* resulta más exótica aun que la *k* y hay resistencia a escribirla, incluso en obligadas transliteraciones del árabe. Nuestro *Diccionario* define *iraquí* como «perteneciente o relativo a Irak» y escribe el nombre de este país con *k* y no con la *q* que le correspondería. De hecho la Academia considera la *qu* como un dígrafo indisoluble y escribe en la última edición de su *Ortografía*: “Las dos letras *qu* se han de considerar... como una sola, simple en el sonido y compuesta en la escritura, a la manera que la *ch*, la *ll* y la *rr*” ⁷⁹. Veámosla así, como una letra doble, como un dígrafo, y no entremos en porfía con los ahorradores de úes, de los que ya hizo cumplida burla el P. Isla en su *Fray Gerundio de Campazas* ⁸⁰.

Quizá deba decir que, en lo que a mí se refiere, la ofuscación de la costumbre no obnubila mis reflexiones ortográficas, porque yo he escrito millares de *kas* por *cus* a lo largo

de mi vida. Mi maestro, Manuel Alvar, que hoy me recibe, dijo aquí mismo, con ocasión de su ingreso en esta Casa, sin envanecimiento pero con el íntimo y legítimo orgullo del esfuerzo que eso representaba, que él era el filólogo español que más palabras había transcrito fonéticamente⁸¹. Eso sigue siendo verdad y mucho tiempo tendrá que pasar para que alguien iguale su hazaña, si es que llega ese día. Pero detrás de él, y aunque a mucha distancia, hay, *ex aequo*, un grupo de dialectólogos, en el que me incluyo, que también hemos transcrito muchísimas palabras y para los cuales la *k* del alfabeto fonético ha sido un signo habitual y frecuente. Familiarizado con ella, puedo decir que leo sin horror los libros del Maestro Correas y que no me soliviantan los ejercicios prácticos de algunos ortógrafos actuales.

Pero también se ha visto que es mi condición de dialectólogo, de fonetista, la que me ha ayudado a encontrar razones válidas para defender la presencia de la *q* en nuestra escritura, porque tales actividades permiten, objetivamente, configurar previsiones históricas, hallar motivos en el porvenir que justifiquen el mantenimiento de una tradición gráfica motejada de inútil.

No lo sería, aunque no hubiéramos encontrado esas otras razones. Si hemos dado cabida entre nuestras letras propias a las forasteras *k* y *w*, que nos permiten, al menos, respetar la imagen gráfica de Kant o Washington u otros nombres extranjeros, ¿cómo desterrar la *qu*, tan nuestra y tan latina? ¿Qué hacer de aquellos abecedarios de amor que aparecen en textos literarios de los siglos de oro y donde la *q* de *querer* resulta casi insoslayable?⁸²

Señores Académicos:

En este otro abecedario de amor, de amor a la lengua española, en que se articula la Academia, me habéis señalado el lugar de la “q” minúscula. Y he querido hablar de esta letra porque, aunque tal adscripción se deba a un puro azar, desde el momento en que fui elegido vi una clara relación simbólica entre ese signo y mi presencia en esta Casa. Es una letra minúscula; más, pues, de brega que de relieve, más de texto que de cabecera. Tiene además una concreta especialización, un limitado empleo. Y, sobre todo, nada vale por sí misma, si no la acompaña la *u*.

Vais a ser la *u* que me acompañe. Al acogerme entre vosotros, dais eco a mis palabras, que quisiera poner siempre al servicio de la lengua en que se dicen. Gracias, pues, por la voz que para ello me prestáis.

NOTAS

¹ Real Academia Española, *Nuevo elogio de la lengua española*, Discurso de recepción del Excmo. Sr. D. José García Nieto y contestación del Excmo. Sr. D. Camilo José Cela, el día 13 de marzo de 1983, Madrid, pág. 56.

² Se publicó en *La Caridad*, año VI, núm. 39, Bogotá, 1871, y se reprodujo luego en sus *Disquisiciones sobre filología castellana*. Yo cito de sus *Obras Completas*, tomo II, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1954, págs. 20-23.

³ *Libro subtilissimo intitulado honra de escriuanos*. Compuesto y experimentado por Pedro de Madariaga Vizcayno, Valencia, 1565, página 94 v. En los textos citados, salvo los de aquellos autores que practican un sistema ortográfico personal, del cual el propio texto es exponente, actualizaré la ortografía. Conservaré, en cambio, la de los títulos cuando cite las ediciones originales.

⁴ *Ortografía kastellana nueva y perfeta...*, Salamanca, 1630.

⁵ Jesús Mosterín, *La ortografía fonémica del español*, Alianza Universidad, Madrid, 1981.

⁶ *Tercer Congreso de Academias de la Lengua Española. Actas y Labores*, Bogotá, 1960, pág. 273.

⁷ *Breve discurso en que se modera la nueva Ortografía de España*, apud El Conde de la Viñaza, *Biblioteca Histórica de la Filología Castellana*, tomo segundo, Madrid, 1893, col. 1262. (Reimpresión de Ediciones Atlas, Madrid, 1978).

⁸ Cfr. Antonio Tovar, *Mitología e ideología sobre la lengua vasca*, Alianza Editorial, Madrid, 1980, pág. 116.

⁹ *Op. cit.*, págs. 29-31.

¹⁰ *Primera parte del Culto Sevillano* por el Licenciado Juan de Robles, Sevilla, 1883 (el manuscrito se conservaba en la Biblioteca de la Catedral de Sevilla), págs. 316-317.

¹¹ Mateo Alemán, *Ortografía castellana*. Edición de José Rojas Garcidueñas. Estudio preliminar de Tomás Navarro. El Colegio de México, 1950, pág. 45.

¹² *Breve tratado de escribir bien y de la perfecta Orthografía* por... D. Juan de Palafox y Mendoza, Obispo de Osma. En Madrid... Año 1662, pág. 62.

¹³ *Op. cit.*, págs. 317-318. Como es sabido, el libro consta de cinco diálogos entre el Licenciado Sotomayor, por cuya boca habla el autor, y don Juan de Guzmán, caballero mayorazgo de quince años, a quien ilustra sobre diversos temas. Como, frente a esas dificultades caligráficas, don Juan aduce la existencia de la imprenta y le pregunta qué se puede hacer, responde el Licenciado, sin avenirse a razones: «No otra cosa que rogar a Dios, Nuestro Señor, que nos libre de ortógrafos, y que se lleven a todas las viejas de España, para que conjuren a este maldito vestiglo de la *k*».

¹⁴ *Op. cit.*, pág. 47.

¹⁵ Luis de Góngora y Argote, *Obras completas, Recopilación*, prólogo y notas de Juan Millé y Giménez e Isabel Millé y Giménez, Aguilar, Madrid, 1956. Es el romance núm. 65 de los que reúnen, escrito en 1611 y cuyo título es «Vejamen que se dio en Granada a un sobrino del administrador del hospital real, que es la casa de los locos».

¹⁶ La crisi cuarta lleva el título de «El Mundo descifrado». Utilizo la edición de Evaristo Correa Calderón en *Clásicos Castellanos*, que anota el texto: la explicación de su sentido se debe a Romera-Navarro.

¹⁷ Como barriga y no como cabeza percibe el viejo Eloy, protagonista de *La hoja roja* de Miguel Delibes, el abultamiento de la *q*, y le explica a la Desi, a quien está enseñando a leer: «No, Desi; no es *pue* sino *que*. Si la letra que sigue está detrás de la barriga de la primera ésta es *p* y no *q*». Esa particularidad, la figura de la *q* como *p* invertida, ya le sirvió a Quevedo para cierta digresión comparativa con el hebreo y sus signos correspondientes: «Y volviendo las letras a nuestra mano, son unas las letras *p* y *q*, porque aunque la *p* hebrea es como nuestra *q* y la *q* como nuestra *p*, escritas a nuestra mano son las mismas». (Cap. IV, «De la lengua propia de España», de *España defendida y los tiempos de ahora, Obras completas*, I, Edición crítica de L. Astrana y Marín, Madrid, 1932, pág. 287.) Por otra parte, en su discurso de ingreso en esta Academia, el almirante Estrada, penúltimo ocupante del sillón «Q» mayúscula, imaginó un diálogo entre la letra y él, en el que le hace ver que la minúscula es «un nueve hundido, y la mayúscula muy variable, pues unas veces semeja arrogante matrona, otras un jefe militar al frente de sus soldados; en ocasiones el cisne que se desliza con todo el cuello arqueado, y hasta llega, en circunstancias de iniciación de un capítulo, a semejarse la *Q* a mortuoria corona con su lazo dedicatorio ondeando», y concluye con el siguiente apóstrofe: «Eres reina en las cartas de la baraja inglesa». (Véase *Discursos leídos ante la Real Academia Española* en la recepción pública del Excmo. Sr. Almirante D. Rafael Estrada Arnáiz el día 24 de mayo de 1945, San Fernando, 1945, págs. 17-18.)

¹⁸ *Op. cit.*, pág. 324.

¹⁹ Clásicos Castellanos, núm. 159, Edición, prólogo y notas de Alonso Zamora Vicente, 2.^a ed., Espasa-Calpe, Madrid, 1969, pág. 157. Mateo Alemán, *op. cit.*, pág. 45, dice de la *k* que «no le hacemos agravio en dejarla, pues nunca la tuvimos ni fue nuestra. Vuélvase a su tierra con sus amigos y deudos que aquí tenemos la *c* para *ca*, *co*, *cu* y la *q* para *que*, *qui*». En tiempo más próximo a nosotros, una de las primeras obras de Arniches, *Ortografía*, pieza del género chico que escribió en colaboración con Gonzalo Cantó y con música del maestro Chapí, da papel relevante a la *K* y a la *H*, a las que pretenden expulsar por inútiles las demás letras, capitaneadas por la *R*, conspiradora y revolucionaria. He aquí un diálogo de la escena quinta del cuadro tercero entre la *S*, a la que representa un borracho, la *K* y el Sr. Canone, un portugués que

intenta aprender la ortografía castellana: «S. ¿Y ésa, la señá espárrago? —K. Soy la ka. —S. Ca...nario. ¡Si parece una cerilla inglesa! —Ca-none. ¿Y para qué sirve? —K. Pues... para... nada». (pág. 33 de la segunda edición, Madrid, 1889).

²⁰ La lista de personas de las que soy deudor es muy extensa. Orientaciones precisas, datos preciosos, ayudas concretas he recibido de Antonio Alvar, Manuel Alvar, Manuel Alvar Ezquerro, Dionisio Gamallo, Fernando González Ollé, Fernando de la Granja, Manuel Guerrero, Conchita Jurado, M.^a Emilia Martínez-Fresneda, Pedro Payán, Manuel Polín, José Polo, Isabel Rey, Manuel Seco y Ricardo Senabre. Ellos saben ya de mi agradecimiento.

²¹ Aunque en la siguiente, la de 1817, se dice que es la decimaoctava, porque se había eliminado la *k* y se había sufrido además un error en la numeración, considerando la *o* como decimaséptima y asimismo la *p*. En la sexta, subsanado el error, se define como decimanona y sólo vuelve a ser la vigésima en la undécima edición, la de 1869, cuando se restituye la *k* al alfabeto. Mera curiosidad estos cambios de número ordinal, aunque en una convención tan arraigada y tan práctica como la del orden alfabético no deja de tener algún relieve. Otros lugares ocupa y ha ocupado en ordenaciones del abecedario realizadas con distinto fin. Así, Pedro de Madariaga, en su *Honra de escribanos*, págs. 62 y 62 v. (libro que ya hemos citado en la nota 3), establece un determinado triángulo como base de la caligrafía y, a partir de él, va obteniendo las letras del alfabeto por este orden: *c, a, q, g, d, h*, etc., lo cual viene a constituirla en la tercera. Y no olvidemos que en los modernos teclados mecanográficos es nada menos que la primera.

²² Véase su artículo «El diccionario ideal», recogido en sus *Estudios de Lingüística*, Espasa-Calpe, Colección Austral, núm. 1.312, Madrid, 1961, especialmente las págs. 95-97.

²³ Véase a este respecto el capítulo 13 de la útil tesis doctoral de Abraham Esteve Serrano, *Estudios de teoría ortográfica del español*, Universidad de Murcia, 1982. También el tomo II de la *Biblioteca histórica...* de El Conde de la Viñaza, que ya he reseñado en la nota 7.

²⁴ Emilio Alarcos Llorach, «Representaciones gráficas del lenguaje», en *Archivum*, XV, Oviedo, 1965, pág. 45.

²⁵ Lidia Contreras, «Descripción grafemática del español: su importancia para una enseñanza racional de la ortografía», *BFUCh*, XXX, Santiago de Chile, 1979, pág. 37.

²⁶ *Op. cit.*, págs. 99 y sigs.

²⁷ *Obras Completas* de Andrés Bello, tomo V, Caracas, 1951. Véase el espléndido prólogo de Ángel Rosenblat, «Las ideas ortográficas de Bello», págs. XCIII-XCVII.

²⁸ Cf. El Conde de la Viñaza, *op. cit.*, núm. 591, cols. 1349-1352. Otro partidario de la unificación con la *q* sería, posteriormente, el Dr. D. A. M. de Noboa, autor de la *Nueva Gramática de la Lengua Castellana según los principios de la Filosofía gramatical, con un apéndice sobre el arreglo de la ortografía*, Madrid, 1839, donde propone que se escriba *qabo, queso, qina, qola, quba, qatar, qerer, qitar, qomer, qubrir, qlamar, qruz, qraso, inqlusa* y similares; tiene conciencia del exotismo de tales grafías y aconseja: «no hay más remedio que vencer esta primera repugnancia hasta que se acostumbre a ello la vista... porque si a la *q* sustituyera la *k* sería acaso aun más repugnante» (pág. 323). Y en la misma línea estaría luego la *Reforma de la ortografía castellana* de José Jimeno Agius, Madrid, 1896, que para predicar con el ejemplo publicó, un año más tarde, su libro *Naderías. Qoleqzión de artículos sobre asuntos gramatiqales*.

²⁹ Emilio Cotarelo y Mori, *Fonología española. Cómo se pronunciaba el castellano en los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1909, pág. 153.

³⁰ Tomo ambos ejemplos del libro de José Polo, *Lenguaje, gente, humor*, Paraninfo, Madrid, 1972, págs. 77 n. y 75, respectivamente.

³¹ La serie de abreviaturas del tipo *q.b.s.m.*, *q.e.s.m.*, *q.e.p.d.*, *q.e.g.e.*, *q.D.g.*, etc., están perdiendo vigencia en el mundo actual. No hay demasiadas siglas con *Q*, aunque la *QH* se haya popularizado en los últimos años. La tradición matemática de la *Q* es vieja: el griego clásico desechó la *qoppa* del griego arcaico, pero mantuvo el signo para el numeral 90. En nuestro antiguo castellano *q* fue también abreviatura de *quento*, 'un millón', y la *Q* lo es ahora de *quetzal*, unidad monetaria guatemalteca. En el *Vocabulario matemático-etimológico* de don Felipe

Picatoste y Rodríguez, Madrid, 1862, se dice de la Q: «Letra del alfabeto de mucho uso en el cálculo. Suele representar lo mismo cantidades conocidas o desconocidas». Actualmente tiene usos simbólicos en terminología y en electrónica.

³² *ABC*, miércoles 22-10-1986, pág. 65.

³³ *Elementos de la Gramática Universal aplicados a la lengua española* por D. Lamberto Pelegrín, Marsella, 1825, págs. 254-256.

³⁴ *Ortografía de la lengua española conforme a su más dulce pronunciación*, por D. Mariano Bosonba y Moreno. Bahiller en Derecho Zibil, Madrid, 1835 (apud El Conde de la Viñaza, *op. cit.*, cols. 1401-1402).

³⁵ *Elementos de Gramática castellana con los principales procedimientos que para su enseñanza deben emplear los profesores*, por Don Leandro Boned, Zaragoza, 1852, págs. 66-68.

³⁶ *Ortografía popular teórico-práctica*, por D. Francisco Ruiz Morote, Ciudad Real, 1886.

³⁷ *Ortografía verdadera de la Lengua española, o sean Reglas fijas i sencillas para escribir el español según actualmente se habla...* por D. Juan de Bezerril, Valladolid de España, se vende a un real bellón cada ejemplar, con objeto de popularizar el método, 1885. (Apud El Conde de la Viñaza, *op. cit.*, col. 1427.)

³⁸ Fernando Araujo, *Estudios de fonética castellana*, Santiago de Chile, 1894.

³⁹ Eduardo de la Barra, *Ortografía fonética*, Santiago de Chile, 1897.

⁴⁰ *Nueva ortografía del idioma castellano* por Don Onofre Peligro y Valle, Badajoz, 1905.

⁴¹ Alejandro Juliá, *El castellano puede escribirse como se habla*, Barcelona, 1915.

⁴² Adolfo Berro García, «Reforma ortográfica de la lengua española», en *Memoria del Primer Congreso de Academias de la Lengua Española*, México, 1952.

⁴³ Rodolfo M. Ragucci, «Simplificación ortográfica», en *Memoria del Segundo Congreso de Academias de la Lengua Española*, Madrid, 1956.

⁴⁴ Cfr. nota 6.

⁴⁵ Carlos-Peregrín Otero, «Kon la benia de la Academia», incluido en su libro *Letras I*, Seix-Barral, Barcelona, 1972, págs. 51-84.

⁴⁶ Obra citada en la nota 4.

⁴⁷ El Decreto 2046/1971 se publicó en el *B. O. del E.*, de 7 de septiembre de 1971 y, al final de él, en la pág. 14572, en un cuadro anejo, se ofrece el sistema completo de signos (guarismos y letras) que se iba a utilizar. Fácil sería ironizar acerca de tal cuadro, que daba carta de naturaleza en nuestro parque móvil a las extranjeras *K* y *W*, desdeñaba, en cambio, la española *Ñ* y la latina *Q*, y era refrendado por esas dos firmas que digo.

⁴⁸ «Mui korruto e inpropio» le parecía a Correas el nombre de la equis. La *q* era *qu* para él, como para otros autores que luego veremos.

⁴⁹ Andrés Bello y Juan García del Río, «Indicaciones sobre la conveniencia de simplificar y unificar la ortografía en América», incluido en el tomo V de las *Obras Completas* de Andrés Bello, Caracas, 1951.

⁵⁰ *Op cit.*, pág. 99. «De la *q* que llamamos *qui*», titula el capítulo correspondiente. Curiosamente, el autor del *Guzmán de Alfarache* se quedó con esta letra en su reforma ortográfica, contra lo que pudiera esperarse, tal vez porque se compadeció de ella: «Anda tan perseguida la *q* de los antiguos, teniéndola por letra ociosa, que como a vagabunda trataron de su destierro».

⁵¹ *Epítome de la ortografía latina y castellana* por el maestro Bartolomé Ximénez Patón, Baeza. 1614, pág. 5.

- ⁵² Apud El Conde de la Viñaza, *op. cit.*, col. 973.
- ⁵³ Cfr. Emilio Cotarelo y Mori, *op. cit.*, págs. 171-172.
- ⁵⁴ Véase Federico Hanssen, «Estudios ortográficos sobre la Astronomía del Rei D. Alfonso X», en *Anales de la Universidad de Chile*, XCI, 1985, pág. 302.
- ⁵⁵ Apud El Conde de la Viñaza, *op. cit.*, col. 775.
- ⁵⁶ El texto de San Isidoro, Libro I, 13, dice así: «Q litteram nec Graeci resonant, nec Hebrai. Exceptis enim Latinis hanc nulla alia lingua habet. Haec prius non erat. Unde et ipsa supervacua quia per C cuncta veteres scripserunt». Cfr. San Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, Edición bilingüe preparada por José Oroz Reta y Manuel A. Marcos Casquero, Introducción general por Manuel C. Díaz y Díaz, 2 vols., Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1982. vol. I, págs. 284-285. Una traducción medieval del texto puede verse en Joaquín González Cuenca, *Las Etimologías de San Isidoro romanceadas*, Acta Salmanticensia, Salamanca, 1983, tomo I, pág. 102: «E esta letra, Q, nin la suenan los Griegos nin los Judíos, ca sinon los Latinos solos non la ha otra lengua alguna; la qual ante non era letra, onde e ella otrosí es llamada sobejana, porque los antiguos por C escribieron todas las cosas».
- ⁵⁷ Antonio de Nebrija, *Gramática de la lengua castellana*, Estudio y edición de Antonio Quilis, Editora Nacional, Madrid, 1980, pág. 116.
- ⁵⁸ *Op. cit.*, pág. 120.
- ⁵⁹ *Tractado de Ortographia...* por el bachiller Alexo Vanegas, Toledo, 1531.
- ⁶⁰ Juan de Valdés, *Diálogo de la lengua*, Edición, introducción y notas de Francisco Marsá, Clásicos Universales Planeta, Barcelona, 1986, págs. 56-57, que corresponden al capítulo III de la obra.
- ⁶¹ En la última parte, dedicada a la ortografía, de su *Gramática castellana*, que se publicó en Amberes en 1558. Apud El Conde de la Viñaza, *op. cit.*, col. 1111.

⁶³ Apud El Conde de la Viñaza, cols. 1164-1165.

⁶³ Sebastián Covarrubias Orozco, *Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid, 1611 (Ed. Turner, Madrid, 1977).

⁶⁴ En el prólogo citado en la nota 27, pág. LXXII.

⁶⁵ *Orthographia española*. Compuesta y ordenada por la Real Academia Española, Madrid, 1741, pág. 105.

⁶⁴ En el «Discurso proemial de la Orthographía de la Lengua Castellana», en su punto 34, que dice así: «En cuanto a la *Q* y su uso hay también entre los autores variedad, porque algunos la reputan por inútil, así por no usarse sola, sino acompañada de la *u* antes de otra vocal, como porque sus voces se pueden suplir perfectamente con la *C*, y con la *K*. El uso especial que tiene en el lenguaje castellano es el de enterar las combinaciones del *Ca*, *Co*, *Cu*, en las dos vocales *e*, *i*, a fin de que se pueda expresar en lo escrito la pronunciación *Que*, *Qui* como de una sola vocal, respecto de no haberla en la *c*, por la colisión que se hace en estas dos vocales. Fuera de estos casos cuando no se pronuncian las *Qu* como una vocal, sino como dos separadas y distintas, no es dudable que del mismo modo que decimos *Qua*, y *Que*, decimos también *Cua*, y *Cue*, y que igualmente pronunciamos *Qual*, *Quatro*, *Quaderno*, *Qüestión*, *Eloqüencia*, *Freqüencia*, que *Cuajo*, *Ascua*, *Pascua*, *Cuenta*, *Cuero*, *Cueva*, etc. Pero aunque esto sea cierto, y que con la *K* se pueda suplir el *Que*, *Qui*, monosílabos, y que por esta consideración parezca superflua la *Q*, aun cuando el uso común no hubiera desaprobado la singularidad de los que han intentado descartarla, es patente la razón para que se deba conservar, porque así no se confunden los orígenes de las voces, y se distinguen las que salen de la *C*: como *Cuajo*, *Cuenta*, de las que vienen de la *Q*: como *Qual*, *Qüestión*, que es la basa principal sobre que estriba la Orthograffia» (págs. LXXIV-LXXV).

⁶⁷ P. Esteban de Terreros y Pando, *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina e italiana*, tomo III, Madrid, 1788.

⁶⁸ Apud El Conde de la Viñaza, *op. cit.*, col. 1326.

⁶⁹ En el acta de la sesión celebrada el 26 de febrero de 1816 se da cuenta de tal hecho y del acuerdo de esperar por dos correos la contestación del mencionado Regente, para proceder luego según parezca conveniente «a sostener el decoro y el derecho de propiedad». En la sesión del 23 de enero se había dado cuenta de la reimpresión valenciana, lo que se acordó comunicar al Juez de Imprentas, y en la del 13 de febrero de su venta en la Corte, con nuevo oficio al mencionado Juez; el 26 de febrero se nombraron procurador y abogado para llevar adelante el pleito.

⁷⁰ Asistieron a esa sesión, quede constancia de ello, el Duque de San Carlos, que era entonces director, don Martín Fernández de Navarrete, don Manuel Abella, don Lorenzo Carvajal, don Tomás González Carvajal, el Duque de Híjar y el secretario, don Francisco Antonio González. El coordinador de la reforma fue Fernández de Navarrete, que se encargó de la edición de la *Ortografía* y escribió el prólogo.

⁷¹ Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, *Teatro completo*, II, Madrid, 1923, pág. 258.

⁷² Para la peculiaridad de la articulación española véase el clásico Tomás Navarro Tomás, *Manual de Pronunciación española*, § 125; para su caracterización latina, Mariano Bassols de Climent, *Fonética latina*, 3.^a reimpresión, C.S.I.C., Madrid, 1973, págs. 164 y sigs.; Edgard H. Sturtevant, *The pronuntiation of Greek and Latin*, Second edition, Chicago, 1975, págs. 169-170; Alfonso Traina, *L'alfabeto e la pronunzia del latino*, Quarta edizione aggiornata, Bologna, 1974, págs. 59-60; y antes Max Niedermann, *Précis de Phonétique historique du latin*, Kliencsiek, París, 1945, pág. 116. Esencial resulta ahora, para éste y otros varios aspectos de los que tratamos aquí, el estudio monográfico de A. M. Devine y Laurence D. Stephens, «The Latin Labiovelars», incluido en su libro *Two Studies in Latin Phonology*, Anma Libri, Saratoga, Calif., 1977, págs. 11-104; el aspecto fonético se trata desde la 37 a la 42.

⁷³ Además de los autores citados en la nota anterior, debe verse la síntesis clarísima que presenta el espléndido manual, nunca suficientemente alabado, de Samuel Gili Gaya, *Elementos de fonética general*, Segunda edición ampliada, Bibl. Rom. Hisp., Editorial Gredos, Madrid, 1593, págs. 137-138.

⁷⁴ Véase Rufino J. Cuervo, art. cit., pág. 20. Un cuadro comparativo, gráficamente ilustrador, de los signos fenicios y los diversos alfabetos griegos, puede verse en la pág. 32 del manual de Francisco Rodríguez Adrados y M.^a Emilia Martínez-Fresneda, *Griego 3.º BUP*, Edelvives, Zaragoza, 1985. Obras clásicas, a este respecto, con más amplia información son las de Hans Foerster, *Abriss der lateinischen Paläographie*, Berna, 1949, y Giancarlo Susini, *Origine e diffusione dell'alfabeto greco*, Bologna, 1954.

⁷⁵ Todos los textos de gramáticos latinos referentes a esta letra se recopilan en A. M. Devine y Laurence D. Stephens, *op. cit.*, págs. 100-104. La cita de Mario Victorino dice textualmente así: «Nihil tamen interest, utra earum prior sit, *c* seu *q* sive *k*. Quarum utramque exprimi faucibus, alteram distento, alteram producto rictu manifestum est».

⁷⁶ Véase Sebastián Mariner Bigorra, «Caracterización formal de los fonemas del latín clásico», en *Emerita*, XXVI, 1958, págs. 227-233, especialmente las 131-132, y su *Fonemática latina*, publicada como apéndice a la *Fonética latina* de Bassols reseñada en la nota 72, especialmente las págs. 258-260.

⁷⁷ Emilio Alarcos Llorach, *Fonología española*, 3.^a edición aumentada y revisada, Bibl. Rom. Hisp., Editorial Gredos, Madrid, 1961, páginas 220-222.

⁷⁸ Ni el máximo paladín de la *q*, el esforzado sevillano Juan de Robles, al que tantas veces ya he citado, se le ocurrió otra cosa al respecto que recordar la que llama adivinanza de Chuzón, que preguntaba a su amo qué cosa tenía el molino que no la había menester y no podía moler sin ella, para responder luego que el ruido «porque esa es la imperfección natural de las cosas humanas, que **ni** pueden ser tan perfectas ni obrar tan ajustadamente a la comodidad y gusto de todos, que no hay algo en que no estén siempre mostrando su fragilidad». (*El Culto Sevillano*, pág. 307.) Y veamos también este otro curioso texto latino del gramático Pompeyo: «Iam videmus quando accidit *u* litterae ut omnino nihil sit. Quando *u* nihil est? tunc *u* nihil erit, vide qua subtilitate nihil erit, si dicas *quoniam: q u et o* est. Ista *u* quid erit? vocalis, non potest; nam tunc tantum vocalis est, si sola fuerit: modo alteri vocali iuncta est. Ergo ideo non potest esse vocalis, quia habet post se

vocalem. Num forte consonans est? nec consonans est. Quare? quia non est prior. Ergo ut non sit vocalis illa res facit, quia iuncta est alteri vocali; ut non sit consonans illa res facit, quia non est prior. Ita fit ut nec vocalis sit nec consonans. Ergo nihil erit. Si nihil erit, quid habet esse? nihil. Quare ergo ibi scribitur? propter illam causam, quia pars est litterae praecedentis... Quando dicis *que*, quid sonat nisi *q* et *e*?» (apud A. M. Devine y Laurence D. Stephens, *op. cit.*, pág. 103).

⁷⁹ Real Academia Española, *Ortografía*, Madrid, 1974, pág. 15.

⁸⁰ Clásicos Castellanos, núm. 148, Edición, introducción y notas de Russell P. Sebold, Madrid, 1969, págs. 100-101. Corresponden al capítulo V del libro I, «De los disparates que aprendió en la escuela de Villanate».

⁸¹ Real Academia Española, *Cántico. Teoría literaria y realidad poética*. Discurso leído el día 7 de diciembre de 1975, en su recepción pública, por el Excmo. Sr. Don Manuel Alvar López y contestación del Excmo. Sr. Don Fernando Lázaro Carreter, Madrid, 1975, págs. 10-11.

⁸² Son muy abundantes y algunos muy conocidos, como el de la escena IX del acto primero de *Peribáñez* («La P te hará pensativa, —la Q bien quista, la R—con tal razón, que destierre—toda locura excesiva.), o el cervantino de *El curioso impertinente*, en el capítulo XXXIV de la primera parte del *Quijote* («Él es, según yo veo y a mi me parece, agrado, bueno, caballero, dadivoso, enamorado, firme, gallardo, honrado, ilustre, leal, mozo, noble, onesto, principal, quantioso, rico ...»). En la «Loa famosa de las letras del ABC», incluida en el tomo 18 de la NBAE, *Colección de Entremeses, Loas, Bailes, Jácaras y Mojigangas desde fines del siglo XVI a mediados del XVIII* ordenada por Don Emilio Cotarelo y Mori, Madrid, 1911, págs. 411-412, se cantan alfabéticamente las alabanzas de una cierta dama: «... en la O, orgullosa, onesta; —en la P, prudente, palma;—en la Q, querida, querdá;». El más antiguo de los que conozco es el de Juan del Enzina «a una dama que le pidió una cartilla para aprender a leer», incluido en el *Cancionero* de este autor, Edición facsímil de la primera edición de 1496, Real Academia Española, 1928: «La o vuestra onestidad—la p pena y padecer—y la q por mi querer—que perdió su libertad».

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. DON MANUEL ALVAR LÓPEZ

SEÑORES ACADÉMICOS:

PIENSO en los motivos que os han movido para hacerme vuestro portavoz en este acto: la amistad con nuestro nuevo compañero y la afinidad de nuestros quehaceres. Cuando tomabais la decisión de encargarme este honor, estabais bien seguros de que me dabais una alegría. Yo os diré más, una de las mayores de mi vida. Recibid mi gratitud por la distinción, grande siempre cuando de dar bienvenidas se trata; sin límites, en las circunstancias que voy a glosar.

Pronto hará cuarenta años: un día de octubre, me encontré con Gregorio Salvador en el Palacio de las Columnas de Granada. Era la nueva Facultad de Letras que estábamos inaugurando, la que fue nuestro hogar durante varios lustros y a la que volvemos cada vez que se nos regala un poco de felicidad. Yo era mayor que Gregorio Salvador, pero no tanto que no pudiéramos tener — desde pronto — una amistad entrañable. Y esto fue posible porque entre nosotros nunca cupo ningún asomo de desigualdad: juntos aprendimos, juntos trabajamos y juntos fuimos lo que teníamos que ser. Y es que, además, como diría Montaigne, él era él y yo era yo. Acaso sea esta la clave para explicar unas simpatías que nunca se han enturbiado, y, verdad es, que diferencias las hubo siempre, pero nunca el quehacer científico se mezcló con el afecto. Que la cien-

cia tiene sus abalorios y el cariño muy otros. Hace cuarenta años somos amigos. Pero no ocasionales, sino de continuo trato, día a día, con los gozos y las amarguras del vivir, porque, para fortuna nuestra, cerca estaban siempre dos mujeres que nos querían y que se querían y que, si aún hiciera falta, eran compañeras en nuestros estudios. Así explico lo que justifica mi gratitud hacia la Academia, pero, además, estas premisas traen una deducción inmediata: trabajábamos juntos. La Cátedra de Gramática Histórica, las clases de Dialectología, el trabajo de campo. Cuando proyecté el Atlas de Andalucía, revistas propias y extrañas dijeron que era imposible realizarlo, que todo quedaría en un hermoso sueño de Granada, etc. Tal vez tenían razón quienes así pensaban, pero ignoraban que a mi lado pedaleaba un joven dialectólogo que nunca me decepcionó. Y digo pedaleaba porque es un símil que Gregorio Salvador ha publicado: al empezar el despegue que tan lejos nos iba a llevar, él se pegó a mi rueda para que mis fuerzas no desfallecieran. Y siguió estimulando el pedaleo; por eso, cuando otros quehaceres lo reclamaron, me pudo dejar sabiendo que ya nunca se perdería el ritmo y la empresa llegaría a buen fin. (Injusto sería que no adujera con toda la solemnidad que este acto exige a Antonio Llorente, el otro miembro que, empezado el trabajo, se incorporó al equipo).

Sentadas estas circunstancias personales, pero imprescindibles, puedo ya hablar de los méritos del nuevo académico y de su talante científico. Cuanto diga será absolutamente veraz, ya que de no serlo, no hubiéramos traído aquí a Gregorio Salvador, pero no os pido que me exijáis frialdad profesional; sería demasiado. La amistad me ha conducido a la admiración, por una deducción que se espera

siempre que la sinceridad se asienta, como es lógico, en tales sentimientos.

Gregorio Salvador nació en Cúllar-Baza, pronto hará sesenta años. Veo cómo estos condicionantes han hecho el talante humano de nuestro compañero: por las lindes de su pueblo se encuentran los extremos de la expansión ibérica mediterránea y allí está la última cúpula de tejas vidriadas que conozco y, sin embargo, las tierras de Andalucía también juegan sus bazas. Gregorio Salvador es ecuanime porque desde pronto vio que el eclecticismo tiene su mucho de sabiduría. Y su primer trabajo vino a mostrar, luminosamente, que también en las hablas actuales se encuentran arcaísmos e innovaciones, como en los yacimientos ibéricos de Orce o en las iglesias de imagen levantina. Pero aún más, aquel mozo que publicaba su primer trabajo señaló lo que mucho había costado descubrir y que por 1952 aún no era suficientemente aceptado; hoy, con casi treinta y cinco años a las espaldas de la ciencia, confirmo lo que entonces dije y lo que mil veces he repetido: del tomo que organizó Sever Pop sobre la oposición del habla de hombres y mujeres “a escala mundial” el mejor trabajo fue el de Gregorio Salvador. Y lo era, aparte significados intrínsecos, porque había descubierto algo que en ciencia es imprescindible: relatividad frente a dogmatismos, rigor frente a especulaciones. No quisiera pecar de sutil: esto es lo que Gregorio Salvador vio al contemplarse a sí mismo, a la realidad que lo cercaba, al sentir el amor por sus gentes. No caeré en fáciles deducciones, pero sí explicaré las cosas por su verdad más íntima. Y en el joven investigador todo ello era la realidad que, luego, a Dios gracias, alcanzó categoría de cultura.

La biografía de cada uno de nosotros es un puro azar, y azar resultó la niñez de nuestro compañero para que luego pudiéramos hablar de condicionantes. ¿Quién a los ocho años sabía qué era la guerra? Y, sin embargo, la sufría. Gregorio Salvador abandonó el sudeste estepario y cruzó la ancha y dilatada Castilla (trenes lentísimos, calzadas de curiosidad en los ojos) hasta Galicia. Cuatro años en el corazón de Galicia, rodeado de árboles y humedades, mientras los hombres morían y el niño guardaba vacas en una aldea del valle de Deza. Aquellos robles y aquellos castaños estaban tallando una personalidad muy definida en la que los hombres iban a contar para siempre más que los paisajes. Pues los campos modelan el alma humana y ella es el trasunto de cuanto la rodea. En Galicia, Gregorio Salvador leyó antes a Rosalía, a Curros Enríquez o a Eduardo Pondal que a Antonio Machado y, sin embargo, lo que tironeaba su alma no eran aquellas umbrías, sino el recuerdo de las personas: la familia escindida por la guerra, los bandos antagónicos, el dolor de las ausencias. (No hace mucho, un bellissimo artículo servía para tributar sus emociones al padre que hubiera cumplido cien años.) Cuando en la paz volvió a los campos de yeso y de esparto de su tierra, le royeron nuevas nostalgias; ahora de las personas que quedaban en esa otra lejanía. Había descubierto, tan pronto, que cualquier tierra puede ser la propia tierra, siempre que uno se sienta capaz de amar y emocionarse. Las personas no: cada una es ella misma; diferente, porque no depende de nuestra reacción, sino de las que proceden de su inalienable interior. Y he aquí a Gregorio Salvador, tan en distintos paisajes y tan igual a sí mismo. Había vuelto y estaba, de nuevo, arraigado, porque lo que contaba eran sus propias querencias. Y resultó ser que Gregorio Salvador se nos manifestaba como lo que es, como lo que su

obra científica nos va a denunciar: un hombre profundamente realista. Todas las tierras eran la suya propia: el corazón no quedaba prendido en una sola, sino que en todas tenía sus raíces encariñadas. Dejó la estepa en su niñez y fue granando en la negación de la estepa y, sin embargo, volvía al arco sub-bético de Sermet enriquecido por la experiencia humana, pero sin renunciar a sus propios paisajes interiores. Así entiendo yo por qué aquellos versos que él escribía entonces y que nunca me ha leído: lo que se cantaba era Castilla, pero se identificaba con la poesía de Antonio Machado, no tanto por el paisaje, sino por la humanidad en que el paisaje se le había convertido. Acaso en estas primeras emociones (Sudeste, Galicia) estaba la premonición de su futuro. Encuentro de culturas, cruces lingüísticos, paisajes variados era todo cuanto de adolescente veía; luego nació la vinculación a ese mundo que a tantos llevó al desarraigo y que a él le hizo identificarse con cada una de las tierras en que vivía, y amarlas en lo que tienen de más entrañable: su semejanza y sus hombres en desamparo. Permittedme una anécdota que acaso ilustre cuanto digo. Un día un viejo de ochenta años iba a salir de Cúllar; nunca había dejado los alrededores del pueblo y emprendía la aventura de ir a Granada. Al regresar, la pregunta inevitable: “¿Qué le pareció la Alhambra”? Y el viejo, lleno de saber, contestó: “La Alhambra, pues una Alhambra como toas las Alhambras, eso sí, con mucha arbolea”. La arbolea era lo elemental, lo que a aquel hombre le hacía suspirar, porque las de su pueblo son tirando a desmirriadas. Y es que la única diferencia entre tierra y tierra es la mucha o poca *arbolea*. Por eso, cuando nuestro compañero escribió esos versos adolescentes (“¿cuándo te he dicho que escribí versos machadianos? Es algo olvidado de lo que nunca hago mención”) no fue-

ron motivos suyos las arboledas perdidas de Galicia, sino los secanos labrantíos en los que se detenían sus ojos, y las esplendorosas puestas de sol sobre la sierra de Cazorla, vista desde la otra ladera a la que cantó Machado.

Después, con acopio de saber y con una gran carga de cultura a cuestas, Gregorio Salvador salió a buscar arboledas por las tierras de España y las encontró en los dilatados campos de nuestra patria (León, Castilla, Galicia, Cataluña, Andalucía) y encontró las arboledas en los viejos que le musitaban saberes y las arboledas en los poetas. Entonces escribió sobre el campo semántico *arar*, o sobre el cuarto tiempo en una metáfora, que es precisamente la polaridad árbol/río, o sobre el tema del árbol caído, o sobre las orillas del Duero, o sobre la carbonerilla quemada. No podemos decir que sea puro azar la adhesión terruñera de estos estudios. Eran simplemente, la aplicación de su realismo íntimo a la creación de las demás o, si se me permite, la visión de las formulaciones literarias desde su íntima arboleda. Del mismo modo que cada lugar en que vivía era su propio lugar, cada creación de belleza se convertía en su personal creación. Tal vez sus castaños, sus robles, sus abedules gallegos, estaban presentes en los olivos, en las encinas o en los chopos de sus otros lugares, aunque cada uno en su sitio, sin confundirse. Como todo es cuestión de más o menos arboleda (otra vez el árbol como realidad intrínseca del hombre) y todas las Alhambras son iguales, nada de extraño tiene que este hombre arraigado en sí mismo, haya vuelto una y otra vez a ese motivo. Quisiera retratar a Gregorio Salvador y acaso me estoy retratando, pero no por necia vanidad, sino por afinidades electivas. Un día me escribió: "Creo que en eso del realismo, de hacer nuestro cada lugar, de pisar siempre consciente-

mente, y con gusto, la tierra que efectivamente pisamos, sí que nos parecemos un poco tú y yo". Sin querer, aquí y sin pensarlo, está el motivo, hondo y silencioso, por el que más tengo que agradecer la confianza que habéis depositado en mí, mis queridos amigos.

Si su pueblo natal condicionó lo que podía ser, no poco debe también a lo que fue la Universidad de Granada. Eran días de esperanza. ¡Qué distinta aquella Facultad en la que vivíamos a golpe de entusiasmo y de pasión de esta otra burocratizada y distante en la que todo parece estar resuelto con una firma proletaria al entrar en clase! Gregorio Salvador aprendió en aquella Universidad lo que la Universidad podía dar: porque no se trataba de decorar mal que bien, normalmente muy mal, unos apuntes peor tomados, sino de discernir el polvo de la paja y saber que una cosa es la formación y otra la información. Aquella necesita del maestro, ésta la hacemos cada uno de nosotros. Cuando Gregorio Salvador emprendió su propia andadura sabía qué debía hacer y supo aprovechar, y muy bien, los medios que tenía a su alcance. Es decir, había sido discípulo y podía ser maestro. Pero siguió dentro de su teoría de fidelidades. El cruel refrán de "al maestro, cuchillada" no contaba con él. Se puede ser devotísimo y mantener independencia, porque el árbol no crece destruyendo a su compañero, sino arrimándose a él para conseguir la opacidad del bosque. ¡Hermosa lección que, por silenciada, no suele aprenderse! Y su fidelidad granadina empezó por lo que tenía cerca: estudiando los aragonesismos en el andaluz oriental, los catalanismos en Cúllar-Baza y su espléndida tesis doctoral sobre el habla de su pueblo. Puedo aducir un testimonio de excepción: aquel lejano octubre de 1953, escuché a don Rafael Lapesa que las tres mejores

tesis que había leído desde que era catedrático venían —insisto, 1953— de las provincias. Por supuesto, una de ellas la del que hoy va a ser nuestro compañero.

La ciencia nace en un rincón, pero luego se amplía. Cumple así aquella universalidad postulada en los *Pensamientos* de Pascal: “Puesto que no se puede saber todo lo que pueda saberse de todo, es necesario saber un poco de todo. Es mucho más hermoso saber algo de todo que no todo de una cosa; esta universalidad es la más hermosa”. Tal es el terrible fantasma que nos amenaza de continuo: ser especialistas de un solo campo o intentar —Dios sabe a qué precio— informarnos de otros. Gregorio Salvador ideó su propio *Zirkelschluss*. De aquel pequeño núcleo que constituyó su punto de partida, pasó a problemas andaluces de tipo mucho más amplio, se adentró en la sociología y en la geografía lingüística de su región para saltar luego a los problemas generales de nuestra lengua y a las amargas cuestiones con que nos la cercan muchas deslealtades.

Es difícil poner orden en un trabajo muy complejo. Acaso sea coherente continuar por las trochas de la dialectología. Como para tantos españoles, la casualidad administrativa fue en el caso de nuestro compañero un feliz azar. Si la Universidad continuaba siendo *universitas* y no limitada *pataunitas*, el docente aprendía en los cambios, ampliaba su mundo, se afincaba en un orbe en el que la comodidad no cabía, pero, a cambio, se le regalaba con mil frutos inesperados. Gregorio Salvador trabajó lo que la realidad le brindaba y no escatimó ni tiempo ni dedicación: las tierras de Astorga le permitieron —entre mil cuestiones de enojosa administración— estudiar el dialecto leonés; las de Canarias, le dieron la proyección atlántica de

nuestra lengua. Los estudios venían de continuo y las Canarias dejaban de ser *Insulas ignotas* y se convertían en uno de los campos mejor conocidos del español. Pero es que Gregorio Salvador tuvo la suerte de encontrar unos cuantos discípulos ejemplares, a los que recuerdo en el mismo orden con que él los ha evocado: Ramón Trujillo, Inmaculada Corrales, Cristóbal Corrales, Antonio Lorenzo, Maximiano Trapero. Y de aquí un nuevo salto: no ya la dialectología canaria, no ya los estudios literarios sobre Canarias, sino —acaso— la empresa más esforzada y fructífera de nuestro nuevo compañero: la creación de una semántica estructural, que se conformó en la llamada “escuela de La Laguna”.

Y es que, al enfrentarse con la lengua, Gregorio Salvador estudió fonética, más aún, tuvo que crear no poca ciencia fonética cuando trabajaba en el *Atlas de Andalucía*. Sus investigaciones lo denuncian desde el comienzo y, en este fin relativo en el que nos encontramos, aún no lo han abandonado: hace poco más de un año, presentó en Seúl una comunicación sobre *La nasal velar en español*, que tan sorprendente resultó para colegas de países bien distintos del nuestro, y en cuyas lenguas la *n* velar pertenece a los sistemas fonológicos. Pero siendo esto importante, Gregorio Salvador dio un salto atrás: pensó como Diez, que la caracterización de las lenguas románicas no podría hacerse si no se ponía en primera línea el estudio del vocabulario. Era más o menos lo que postularon de un modo u otro Walther von Wartburg, Iorgu Iordan, Gerhard Rohlfs. Y Gregorio Salvador tuvo no poco que decir: sus estudios sobre el léxico español son muchos y variados; bástenos con esto: muchos y variados. Pero el léxico le llevó al estudio de la semántica, según los principios más recientes,

tal y como se había establecido en el famoso tomo III de los *Travaux* de Estrasburgo. Pero conociendo a Coseriu y Pottier, nuestro nuevo compañero actuó por cuenta propia y un estudio sobre el verbo *arar* en Andalucía le permitió establecer un cuerpo doctrinal dentro de la teoría estructural; allí, en el análisis de unos pocos mapas, formuló la existencia de *sememas sincréticos*, de *sememas puente* y de *archisememas parciales*, con lo que la doctrina iniciada en el Congreso de Lingüística de Oslo (1957) venía a fecundar entre nosotros unas actividades que no habían visto ni propios ni extraños; más aún, el estructuralismo de la geografía lingüística —tal y como por aquí la practicamos— quedaba aclarado por este luminoso trabajo. No he perdido el hilo de mi exposición por más que parezca que me he alejado mucho: de aquellos estudios lexicográficos iniciales, a esta semántica estructural, no había una ruptura, sino una lógica y esperada evolución: *Natura non fecit saltus*, y la ciencia tampoco. Estamos en el magisterio de Gregorio Salvador en La Laguna y la creación de una escuela cuyos frutos distan mucho de agostarse y están cobrando nueva pujanza en su cátedra madrileña. Como en el caso de Andalucía, las Canarias dieron al investigador el sustento necesario para que la savia pudiera ascender desde las más hondas raicillas; luego, entre la fronda de las ramas, se encontraron frutos sazonados.

Conocemos ya al Gregorio Salvador en sus tierras y en sus Universidades. Pero un día recordó a Saavedra Fajardo: no da buenos frutos el árbol que no se transplanta. Y en Estados Unidos se puso en contacto con otros estructuralismos, el de Johansen, sobre todo, y empezó un comentario de textos que se apartaba mucho del que era practicado por estos pagos. Desde *Estructuralismo y poesía* y

Sustancias y formas de contenido en la narrativa, hasta el estudio concreto de Meléndez Valdés, Unamuno, Machado, Juan Ramón Jiménez, García Márquez, García Lorca, Miguel Hernández. Otra vez, ¿para qué seguir? Pero quiero señalar algo muy importante: tanta etiqueta metodológica, tanto saber sobre los demás, tanto estar en el último día de las cosas, resultó ser una conducta muy hispánica. Hoy que se farfullan mil galimatías que nadie entiende, Gregorio Salvador nos está dando una lección de lo que debe ser nuestra ciencia, de lo que ha sido desde Menéndez Pidal: ni dicotomías entre lengua y literatura, ni maestriscos de un solo libro, ni papanatismo engatusador. Aquí hay un testimonio más para que no perdamos la esperanza, y es que —lo aprendimos en nuestros viejos maestros—, ciencia es cuanto puede ser discutido y las teorías se montan sobre fundamentos sólidos. Con asombro asistimos a la vida de las obras grandes y es porque, por ser científicas y grandes, no son dogmáticas ni frívolas. Y como aprendimos en quienes hablaban en español, toda exégesis eludo.

Si al acabar este comentario tuviera que caracterizar, yo diría que en los trabajos de Gregorio Salvador hay una constante de agudeza y de originalidad. Agudeza que sorprende hasta que nos enfrascamos en la lectura, y valgan análisis como el que hizo de las cartas de un semianalfabeto (1958), de la investigación de textos hablados (1977), del comentario semántico de textos (1979), de la dialectología contrastiva (1983). Originalidad que le lleva a tratar temas que parecen negados a nuestros investigadores y cuya sola enumeración es ya un cofre de sorpresas: *El deporte desde la lengua* (1970), *La fonética de Franco* (1983), *Hipótesis geológica sobre la evolución F- > h-*

(1983), *Sobre la deslealtad lingüística* (1983). Permittedme otro cómodo ¿para qué seguir?

Pero es que agudeza y originalidad es cuanto acabamos de oírle. ¿No es original esa gratitud que nuestro nuevo compañero siente por el sillón aún no estrenado y que se llama *q* minúscula? ¿Y no es originalidad que hayamos pasado un buen rato (quiero decir *largo* y *agradable*) escuchando las vicisitudes que sufrió la pobre letra hasta alcanzar esta inmortalidad académica? ¿Y, en último caso, la defensa, por amor, de la *q* para que no desaparezca de nuestros abecedarios de amor?

En cuanto a la agudeza, cada línea es una muestra de ella y consecuencia suya es llegar a tan sabias palabras como las que ponderan el criterio académico de poner orden en el desbarajuste ortográfico anterior a nuestro *Diccionario de Autoridades*.

Pero hay más que agudeza y originalidad. Hay una envidiable laboriosidad en ese allegar datos, poner orden en las mil diferencias, obtener conclusiones. Hemos escuchado la peripecia vital de un grafema, apasionante como una vida humana, pero se nos ha ocultado el aparato erudito que mantiene tan sabrosa doctrina. Nada, ni la más tenue referencia, deja de tener sustento bibliográfico y, sin embargo, no sentimos esa pesada sabiduría porque, siendo las páginas de las notas casi tantas como las del texto leído, el autor nos ha hecho gracia de erudición para regalarnos conclusiones adobadas con no pocas sales. Y, sin querer, a las virtudes ya dichas, añadido esta otra, ejemplar, de la discreción.

Hoy llega a nuestra Casa un varón sabio y discreto. Debemos alegrarnos. También lo hemos visto, conocedor como pocos de los problemas lexicográficos y semánticos que tanto acucian a nuestro *Diccionario*; además, laborioso y ponderado. La Academia, como tantas y tantas veces, ha acertado en la elección. Y ahora, cuando yo acabo y en nombre de todos doy un abrazo simbólico a nuestro nuevo compañero, le puedo decir, desde el fondo que son nuestras dos vidas, que volvemos a estar juntos para siempre, para darnos fuerzas y para no desfallecer en nuestros trabajos. Igual, igual que —hace cuarenta años— estuvimos unidos en Granada con el más limpio y generoso de los entusiasmos.

La Academia necesita de Gregorio Salvador y Gregorio Salvador ha prometido colaborar siempre en el servicio de nuestra lengua. Soy el notario que acoge la declaración. Por ella, y en nombre de todos: sé bien venido a tu Casa.